

Daniel García-Gallardo:
un caso en la historia de la formación de científicos en México

Claudio Carpio

Universidad Nacional Autónoma de México - Facultad de Estudios Superiores Iztacala

México es un país de profundas desigualdades en el que más de 60 millones de personas no tienen acceso a los satisfactores básicos indispensables para un adecuado desarrollo físico, psicológico y social. Aún más, al menos uno de cada dos mexicanos se ubica en condiciones de miseria que le dificultan incluso el acceso a los alimentos necesarios para la vida.

La corrupción, la incompetencia y el desinterés de los sucesivos gobiernos mexicanos para enfrentar y resolver los numerosos problemas que nos aquejan, han llegado a comprometer también la viabilidad misma del estado como garante último de la seguridad, la salud, el trabajo, la vivienda, la educación y la recreación de los ciudadanos. En tal situación, la desesperanza de muchos enturbia aún más la mirada a un futuro de corto y mediano plazos que parece caracterizado por la drástica disminución de posibilidades para mejorar individual y colectivamente.

Uno, sólo uno más, de los errores cometidos, y que agravan lo anterior, es la

progresiva reducción de la inversión en los sistemas educativos públicos y en el desarrollo de la ciencia, la tecnología, las artes, las humanidades y la cultura en general. Nada compromete más el futuro de una nación que el subdesarrollo y la dependencia en todos estos aspectos; nada mejor para un país que fortalecer las instituciones educativas y los sistemas de creación intelectual.

En este contexto oscuro puede apreciarse con mayor justicia la enorme contribución, casi heroica, de algunas instituciones mexicanas al optimizar sus recursos físicos, financieros y humanos para crear, preservar y desarrollar programas académicos que pretenden, con mayor o menor fortuna, formar profesionales en las más diversas ramas del saber. Por temor a omitir a alguna de ellas no intentaré siquiera elaborar una lista que las incluya a todas. Sólo, en razón del motivo que me han llevado a escribir esta nota, haré referencia a la Facultad de Estudios Superiores Iztacala

(Iztacala, en adelante) y en particular a su escuela de Psicología.

Esta escuela de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM, en adelante) se ubica en la zona norte del valle de México y a ella llegan cada año entre 600 y 750 jóvenes para formarse como psicólogos. La referencia a su ubicación geográfica de la escuela no es irrelevante porque en esta zona se ubican las áreas con menor desarrollo socioeconómico y es la más distante a los polos de desarrollo cultural más importantes de la capital del país. La mayoría de los estudiantes provienen de las cercanías (esto en el valle de México es casi una ironía porque la mayoría de los alumnos tardan más de hora y media en trasladarse de su casa a la escuela), de modo que en general han tenido menos oportunidades para ser visitantes asiduos de los museos, teatros, bibliotecas, parques y auditorios que se agrupa mayoritariamente en el sur de la ciudad (porque eso ya está en las lejanías, y esto no es ironía sino trágica verdad).

Sin lugar a la más mínima duda, los estudiantes de esta escuela tienen enormes deseos de recibir una formación profesional que les ayude a forjarse un futuro menos ominoso pues cotidianamente sortean los peligros de sus largas travesías en el

transporte público (asaltos, accidentes, contagios, apretones indeseados, malos olores, etc.) y de su breve vida académica y cultural. Por ello, por un elemental sentido de correspondencia y de responsabilidad, la escuela se ha esforzado, con menor o mayor fortuna, en ofrecerles condiciones apropiadas para esa deseada formación: instalaciones muy aceptables, biblioteca, servicio de comedor, acceso gratuito a internet, acceso a bibliotecas virtuales y bases de datos, instalaciones deportivas básicas, entre otras. Por supuesto no se carece de problemas, como los planes y programas de estudio frecuentemente desfasados de los avances internacionales en el campo, carencia de sistemas de apoyo para-curricular para la formación de frontera, sistemas deficientes de comunicación con el entorno empleador, laboratorios desmantelados, entre otros.

Una riqueza adicional de la escuela es la existencia de un cuerpo académico que, con mayor o menor fortuna, ha consolidado diversas líneas de investigación y de intervención en torno de las cuales los estudiantes interesados pueden recibir una formación extra-curricular complementaria bajo la supervisión y acompañamiento permanente de los líderes académicos correspondientes.

En mi opinión, es al interior de estos grupos dónde se colocan las bases para que algunos estudiantes se interesen en continuar su formación más especializada en programas de posgrado profesionalizante (maestrías) o de investigación (doctorados). Esto es posible porque en el devenir de las actividades cotidianas de estos grupos se realizan las actividades definitorias de la investigación, o del servicio, según sea el caso, a las que se incorpora el estudiante en una dinámica intensa, versátil y altamente exigente que permite la realización de la máxima pedagógica de “se aprende haciendo, donde se hace, en colaboración con otros y bajo la supervisión del maestro experto que enseña haciendo, ejemplificando, dictando y reflexionando constantemente sobre sus quehaceres y sus productos”.

En estos grupos no importan demasiado los semestres lectivos o las vacaciones (que casi nunca hay) y menos aún las calificaciones (que tampoco las hay) sino el aprendizaje del oficio mismo, con sus secretos, sus ritos, sus símbolos, sus placeres y sus dolores. Por supuestos, no hay plan de estudios ni más exámenes que los que impone la práctica misma y no hay más burocracia que la que asociadas a la condición escolar paralela. En estos grupos

la graduación ocurre cuando se transita de aprendiz a maestro, de ayudante a colega... y en ese curso es frecuente que se alcance un grado supremo: el de amigo.

Por supuesto, es frecuente que los estudiantes que se gradúan al interior de esos grupos se incorporen a la planta académico en la misma o en otras escuelas o programas en las que tarde o temprano conformarán nuevos grupos académicos. Esa es la garantía más sólida de que la formación de profesionistas y científicos de alto nivel continuará aún en ausencia del líder o maestro originario. Esa es la auténtica naturaleza de la formación que la UNAM ha promovido durante ya más de cuatro décadas en el campo de la Psicología. En este proceso, la jubilación merecida de los viejos maestros no significa sino el punto en el que se reinicia la historia natural de la vida universitaria.

Una tragedia que a veces cambia la historia natural es la pérdida prematura de los maestros jóvenes, los que están llamados a perpetuar las tareas académicas y a actualizar la historia con la innovación propia de su quehacer científico. Una tragedia así le ocurrió a la psicología conductual en Iztacala con la pérdida del Dr. Daniel García Gallardo, primero mi alumno, luego mi colega y mi amigo; joven maestro

ya de una nueva generación de aprendices de la investigación científica.

Fue al medio día del 22 de julio de 2020 el Dr. Francisco Aguilar me comunicó telefónicamente que nuestro amigo Daniel acababa de fallecer en su casa, al sur de la ciudad de México. La sorpresa fue mayúscula porque, si bien teníamos antecedentes de un problema de salud que le aquejaba desde hacía ya algunos años, éste parecía estar bajo control y sin ningún signo o síntoma que alertara de una complicación que comprometiera su vida. De hecho, en nuestras más recientes conversaciones, apenas unos días antes, Daniel acusaba un gran entusiasmo por el progreso de sus investigaciones en el campo del *time-place-learning* y sus planes de extenderlas en el corto plazo, sorteando con nuevas preparaciones experimentales las restricciones que la Pandemia de COVID19 imponía al trabajo en los laboratorios de la Universidad.

Además de los asuntos estrictamente académicos, la salud era un tema recurrente en las charlas de esos días. La seguridad de su familia frente a la COVID19 que se extendía ferozmente en nuestra ciudad era una de sus más serias preocupaciones, y sé que solía dedicar mucha atención a sus padres para minimizarles el riesgo de

contagio. La mayoría de las ocasiones hacíamos severos cuestionamientos a las políticas públicas impulsadas por los gobiernos local y federal y concluíamos con oscuros pronósticos sobre el curso de la enfermedad en México. Y aunque sabíamos que nosotros también estábamos en riesgo y que en modo alguno podíamos garantizar que nos mantendríamos libres del virus SARS COV 2, también flotaba entre nosotros la férrea convicción de que una vez superada la pandemia volveríamos a encontrarnos en el laboratorio de la FES Iztacala con nuestros colegas Sergio, Mitzi, Isabel, Fabián, Mairene, Kelly, René, Arturo y Yosselyn. Ahora sé que tristemente él ya no llegará a ese anhelado reencuentro, pero estoy seguro de que nos acompañará siempre puntualmente en los apasionados seminarios que nos convocan cada jueves por la tarde.

La vida de Daniel García Gallardo representa un singular ejemplo que ilustra en todas sus facetas el proceso de formación de científicos en México en el campo de la psicología, en el cual concurren una voluntad férrea en el trabajo, una dosis extraordinaria de paciencia, tolerancia, una disciplina inquebrantable en el trabajo, un poco de la humildad necesaria para escuchar y corregir los errores que otros advierten. A

ello se suman la fortuna de encontrar maestros que conducen al sitio apropiado para aprender (en el caso de Daniel ese maestro fue César Canales) y la fortuna aún mayor de encontrar un grupo de investigación en el cual se enfrenta una masa crítica permanentemente dispuesta a examinar con rigor todo lo que se cree saber.

Daniel fue un estudiante brillante, inquieto y siempre comprometido con superar los estándares comunes. De ello son prueba sus estancias en Inglaterra y en Estados Unidos de América, su rápida colocación como profesor de la licenciatura y del posgrado de la UNAM. El reconocimiento más palpable, que mucho disfrutaba, a la calidad de su trabajo, que disfrutaba aún más, era la publicación regular de sus artículos (el último de los cuales terminamos apenas un mes antes de su fallecimiento) y la membresía al Sistema Nacional de Investigadores (la cual le fue ratificada seis meses después de morir).

La partida de Daniel, me parece, rompe la historia natural de las cosas porque él estaba llamado a continuar la formación de científicos en México. Su temprana ausencia es una pérdida para sus alumnos y para los estudiantes que ya no lo conocieron, es una pérdida para la psicología en México y, por supuesto, aún más para su esposa, sus

padres, sus hermanos y sus amigos. Por lo pronto, y para evitar los extravíos de la memoria, desde hace meses nos referimos al laboratorio donde llevaba a cabo su trabajo como “Laboratorio Daniel García”, confío en que pronto formalizaremos este reconocimiento y testimonio de nuestro cariño mediante la colocación de la placa correspondiente.

Para concluir quisiera subrayar que intencionalmente he utilizado la palabra fortuna en esta nota porque, para mí, conocer a Daniel ha sido una gran fortuna que siempre voy a agradecerle a la vida por haberme regalado un amigo como él.